

DECONSTRUCCIÓN Y POLÍTICAS PÚBLICAS DE CULTURA

José Ramón Insa Alba

AUTORES/AUTHORS:

José Ramón Insa Alba

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Agente e investigador cultural

Agent and cultural researcher

TÍTULO/TITLE:

Deconstrucción y políticas públicas de cultura

Deconstruction and public cultural policies

CORREO-E/E-MAIL:

jose.ramon.alba@gmail.com

RESUMEN/ABSTRACT:

La obsolescencia de las actuales políticas públicas de gestión cultural es el eje en torno al cual el autor analiza los presentes modelos culturales, desggranando su visión crítica sobre las líneas desarrolladas con la financiación de las administraciones y planteando una necesaria renovación de las mismas.

The obsolescence of existing cultural management policies forms the central theme of the author's analysis of these cultural models, delineating his critical perspective of the courses of action implemented with government funding and proposing a necessary overhaul of the same.

PALABRAS CLAVE/KEYWORDS:

Deconstrucción, políticas públicas culturales

Deconstruction, public cultural policies

Si todo va bien y esta situación crítica por la que estamos atravesando sirve para algo, además de para apuntalar al poder económico, las relaciones sociales, en su más amplio sentido, están destinadas a transformarse. Lo bueno es comenzar con una deconstrucción planificada y fundamentada sobre la conexión ética entra las partes que la componen de un modo fluido y libre de ese aglutinante espeso e hipercalórico que siempre han utilizado las excentricidades corporativistas de unos poderes cada vez más alejados de la calle.

La cultura también forma parte de esta necesidad deconstrutora. Por supuesto. Y forma parte porque es la esencia aglutinante que crea coherencia y explica por qué nos comportamos de un modo u otro, que explica por qué nos transformamos y evolucionamos, que participa, además, de esos comportamientos, transformaciones y evoluciones. En definitiva que estimula, provoca y relata. Y porque quizá la cultura sea también ese campo akásico del que nos habla Ervin Laszlo(1) y está implicada, mucho más allá de lo que al parecer se llega a entender en la evolución de las sociedades. Y lo está porque es la contenedora y portadora de toda la información necesaria para generar y regenerar universos (¿multiversos? ¿meta-versos?), para reorganizar nuestra estructura de lo no observable: aquello que desde una reducida visión cortoplacista se desprecia. Y quizá allá esté el *quid* de este asunto, quizá las políticas públicas de cultura deban orientarse hacia eso mismo: la interpretación de lo no observable. Algo que supera el concepto limitado y grotesco de la cultura como mercancía. Y ¿qué es lo no observable?: las fuerzas que producen los efectos, todo aquello que realmente *mueve*, aquella fuerza que no vemos pero hace que la manzana caiga. Quizá las políticas públicas de cultura deba dedicarse más bien a eso, a pensar en esas fuerzas que dirigen los efectos, a pensar en las dimensiones provocadoras.

Deconstruir, como primera medida, un «econoteísmo» en el que se han instalado todas las fuerzas públicas para vaciar de contenido social cualquier intervención y centrarse en mercadear con la vida y ofrecerla sin salida a clientes-feligreses en sus más variadas tipologías. ¿Por pereza intelectual? Más que posible. Es algo que siento se ha instalado en el comportamiento de nuestras políticas, de todas en general y particularmente desastroso en las de cultura. Porque quizá el pensamiento es un escollo insalvable para quien tiene como referencia la osadía del «desprecio lo que ignoro». El discurso político es engañoso. El de las políticas de cultura no lo es menos. ¿A quién le interesa la cultura?

Y es que esa pereza intelectual es caldo de cultivo para un perfecto modelo de censura. La que se genera evitando que otras voces entren con la consecuente degradación del espacio público. Degradación que, evidentemente y además, abre el camino a comportamientos y escenificaciones cargadas de un autoritarismo desatinado que se adjudica el conocimiento absoluto sobre las necesidades de la ciudadanía.

Por ello es posible también que buena parte de los planes estratégicos de cultura entren en este escenario de la pereza intelectual y nazcan ante la necesidad narrativa como excusa,

ante la necesidad de un ropaje consistente con el que vestir galas porque, en realidad, no se entiende de verdad en lo que se está trabajando. Que modifiquen las ideas en ocurrencias, en meras alucinaciones transitorias que nunca sirven como hilo argumental aunque pretendan serlo... ensayos para canalizar la oficialidad de un discurso que intenta ablandar la cultura, hacerla útil para menesteres de posibilismo político. ¿Escepticismo ante los planes estratégicos? Escepticismo ante los discursos. No sé si llegaré a apearme de la idea de que las estrategias en cultura no son sino profecías del pasado, una especie de paleofuturismo mal condensado.

Unas cuantas reflexiones en formato deconstruido para abordar ese escenario en la que estamos instalados asumiendo que siempre hay particularidades dignas y encomiables a las que, evidentemente, no hace alusión este artículo. Porque cualquier proceso de deconstrucción pasa inevitablemente por el pensamiento y por constatar, bien claro, que el rey está desnudo.

1. Decía Einstein que «la teoría decide lo que nosotros observamos». En las políticas de cultura también. Según lo que conozcamos acerca de una materia así actuamos. ¿Qué conoce de ella nuestra «clase política»? Disculpen lo retórico de la pregunta. La teoría de la cultura es un instrumento fundamental que modela cualquier intervención hacia ella. En todo caso más bien estamos ante la gestión de la casualidad en la que la corriente empuja sin que haya remansos. Hoy por hoy la ortodoxia econoteísta, la religión obligatoria, es la que crea las verdades sobre las que se fundamentan los criterios de una gestión cultural de algoritmo. Unos criterios que llevan a acciones en el mejor de los casos inútiles, en otros perjudiciales. La insolencia de lo pomposo y el grosero «ande o no ande» dominan desde hace demasiado tiempo y se refuerza la hostilidad hacia el pensamiento. «No es hora de pensar sino de hacer». *Horror vacui*. El refuerzo de la ignorancia. Del activismo ciego. *Ora et labora*. No existe el tiempo para otros asuntos que los de dios. En realidad poco interesa la función de la cultura, la función que provee, que significa... lo que interesa es ese movimiento ficción. Que parezca. La escenografía de las políticas, la excrecencia de los mecanismos. La interpretación de las políticas de cultura como un espacio de transacciones. La repetición de letanías en forma de *festivales de todos los ríos* para aumentar un espejismo de que ni siquiera sirve en sí mismo para fortalecer un sector que se ha esquilado a fuerza de crear factorías ficticias y planes estratégicos fingidos. Las políticas públicas de cultura se convirtieron hace mucho tiempo en una disciplina teológica destinada a sostener un armazón industrial para el entretenimiento. La especulación simbólica.

2. La cultura unidimensional. Una alegoría de Marcuse. Parece que la cultura solo es racional si es productiva. En cualquiera de sus términos y en función de ser incluida en la maquinaria económica y política. Si no es así es olvidada, relegada. Se productiviza cualquier asunto siempre que sea rentable para los sistemas. La obediencia intelectual. Lo substancial se desvanece en función de una cultura utilitaria que se convierte en factor de producción a partir de políticos estrella que procuran una continua rentabilización del espectáculo por cualquier medio. El

ruido es el que manda porque provoca efectos de virtud en el gerente-empleador-distribuidor. Todo se desliza hacia un espejismo listo para iluminar de forma épica toda la envoltura de unas políticas culturales de superficie. Muere así la cultura en su más digna acepción por «muerte matada» que no por «muerte morida» (como dicen los maestros gallegos de sus *ex-cuelas*). Y la mata el econoteísmo que, como cualquier religión, obliga a no pensar para asumir humildemente sus preceptos. Simplificar y obedecer. Paralizar la crítica y anular la ética. Su relato se convierte en una imposición totalizadora. Como todos los lenguajes sacros, el econoteísta no está creado para que se comprenda sino para actuar como mantra narcotizante. Para crear un halo de ascetismo que no es necesario entender sino acatar. En este sistema todo lo que pierde la cultura (entendimiento, sensibilidad, inteligencia) lo gana el oscurantismo (enfrentamiento, embrutecimiento, instrumentalización). Inteligencia paleolítica al servicio de la política para manufacturar ciudadanos. No hay nada, en todo caso, que no entre dentro de una intencionada estrategia de anulación. La administración de la ciudadanía como nuevo sistema a través de dos niveles: el afianzamiento de la dependencia (a partir de la consolidación de sus deudas) y la anulación del espíritu crítico (a partir del vaciado de sus esencias culturales). Los ciudadanos pasan a convertirse en figurantes de un plan establecido por la oligarquía y disfrazado con aparentes, aleatorios y sucesivos procesos de participación.

En este escenario pocas cuestiones se han convertido en algo tan falso como el interés político por la cultura en su amplia extensión. La clase política lleva demasiado tiempo siendo los monaguillos de la economía. Hacen sonar sus campanillas para atraer la atención de los feligreses y llaman al recogimiento mientras el sacerdote levanta la hostia sagrada del algoritmo. El clero dogmático de siempre. Otra patología extrema (como suelen ser las iglesias) que impide a sus fieles seguidores el acercamiento a cualquier tipo de conocimiento, argumento o experiencia si no sirve para mantener el dogma. Ignorancia y obediencia. Algo que nos ha llevado al punto en el que nos encontramos: una clase política con licencia absoluta para cometer todo tipo de atropellos desde la más despreciable impunidad, una clase política a la que no se le puede contestar ni replicar porque se ha hecho fuerte en un sistema bastardo. La autocomplacencia y la vanidad son comportamientos bien instalados que ni siquiera se reconocen como no se reconocen las adicciones patológicas. Un autismo evidente que ha colaborado a dismantelar la cultura desde una incapacidad intelectual y operativa únicamente entrenada (como mucho) para la especulación corporativista, el desarrollismo dialéctico, la paranoia contratista, la distribución de espectáculos...

La cultura y sus protagonistas se han convertido en figurantes, en piezas de una estructura escénica que se transforma en juguete para el fortalecimiento de una nueva sociedad-marca, de una nueva sociedad señoreada. Así, los exiliados de la cultura no son sólo los ciudadanos sino ahora también los creadores y los empresarios que buscan un hueco en la máquina fordist del entretenimiento. Y lo son porque, desde este sistema perverso que se ha ido creando de ningún modo pueden trabajar si no están ligados a la Administración y al capricho del correturnos que hace tiempo se apropió de una estructura que definitivamente no le correspondía. Por ello para reorganizar el discurso de la cultura y devolverle la credibilidad

debemos, entre otras cosas, abandonar la obsesión por la culturometría, una nueva estupidez como modelo, esa ortodoxia que ha contribuido a crear los despropósitos que hoy sufrimos... Disculpen pero la cultura no contabiliza, relata.

3. Existen muy diferentes campos semánticos para abrazar el concepto de cultura. Unos son tomados desde el ámbito teórico-racional y otros desde el ámbito empírico. La necesidad de una convergencia entre ambos es absoluta para crear espacios de responsabilidad pública. En periodos de recesión como el actual se produce también una paradoja: se busca una especie de movimiento perpetuo en el que se intenta dar apariencia de normalidad a través de hinchar programas de modo demasiado artificial. Este encadenamiento de eventos continuos supone más una metáfora de la intencionalidad de representaciones que de una ejecución de procesos de construcción de cultura. Estaría bien aprovechar la situación para detenerse mínimamente y reflexionar. Sin embargo, construir un corpus teórico en las administraciones es una auténtica quimera que continuamente se tumba desde criterios economicistas e hiperactividad programática. Sin una perspectiva de futuro amplio se gestiona desde la inercia y en ocasiones desde la ocurrencia, una subjetividad hipertrofiada que no es sino el reflejo de una interpretación parcial de la realidad circundante. Estas posiciones de «seguridad» eximen de seguir pensando y es una posible causa de que la cultura local no siga avanzando en la misma proporción que avanza la calle. Unas posiciones que se aferran a una especie de «política de la intrascendencia» preocupada por intereses limitados a las lógicas del poder.

Es necesario pues saber de muchas más cosas que de política de partido y de economía para gestionar la cultura. No es suficiente, todo esto se queda pequeño porque, sobre todo, es un mundo cerrado en interpretaciones restringidas. Por ello cuando la base económica se desmorona, todo se cae. No hay una estructura reflexiva. Cualquiera, con perdón, puede gestionar con dinero una agencia de espectáculos (eso parece que han sido los gobiernos locales) y ahora la paranoia radica en dónde conseguirlo. ¿Para qué? ¿Para hacer más de lo mismo? Enrocarse en el error. Caemos en un efecto bucle en el que continuamente nos proponemos los mismos objetivos para adentrarnos en asuntos que no hemos solucionado.

La función de la cultura pública no es generar mercado sino estructura cultural que pueda evolucionar de forma independiente. De lo contrario se desarticula la participación creativa y se genera una macroestructura de consumo al modo de los centros comerciales que aglutinan la socialización en torno a formatos masivos: la caverna platónica que, además de cegar desprecia a quienes señalan otras alternativas. Todo se evalúa en función de la magnitud cuantificable del evento, la megalomanía de la programación. En definitiva la escenografía del comercio en la que los flujos continuos son los que importan para mantener una continua marea de acciones nada simbólicas y aferradas a una desfiguración de las necesidades. La permanente huida hacia las sensaciones efímeras.

Esta cultura-flujo implica que su gestión no busca un encuentro sino una continua circulación de contenidos, no busca el contacto sino una distribución continua de paquetes. Por eso la

cultura pública no cuenta sino en cuanto al valor asociado de esas circulaciones. Producción y consumo sin socialización. Algo que la desvaloriza y la proyecta hacia una circulación sin rumbo y la aprecia únicamente por la velocidad. Se olvida que la cultura también es un espacio para la felicidad y que esta la trae no solo la contemplación sino también la acción y la expresión, la posibilidad de compartir. Se cae en una especie de culturización desposeída en la que el ciudadano no tiene nada que hacer sino consumir lo que se le ofrece. Los excesos *evénticos* fruto del desconocimiento de los fundamentos de la cultura. Esta tiranía de la programación distribuida merma la capacidad creativa y abandona los procesos de cultura deliberativa y generativa en función de unos métodos que confunden el mercado con los asuntos públicos. Acorralar la idea de cultura.

Así, más allá de las funciones estéticas de la cultura local, debemos comprender que la cultura es un entorno complejo por el que evoluciona la simbología social. Por ello debería contemplarse como un laboratorio que supere los contenidos programáticos. Un laboratorio generado por los ciudadanos a través de sus hábitos y comportamientos, a través de sus derechos participativos.

La cultura debe en todo caso constituirse como un elemento discursivo, no cerrado en el que la ciudadanía se convierta en un elemento confabulado con sus tramas. De ahí la necesidad de no sustentarla de modo exclusivo en un proceso de distribución de eventos que acepta o no las propuestas. El ciudadano/a debe sentirse parte, observar, imaginar y fabular las propuestas, crearlas, integrarlas. Porque la cultura es un lugar de puesta en escena en el que las huellas son el acto de interpretación de esas relaciones múltiples y complejas. Un lugar para la implementación de valores. De ello que sea necesaria no tanto la noción de ciudadano-usuario sino la de un ciudadano cooperativo y confabulado que se comprometa en el mayor número de macronarraciones posibles.

4. La cultura como sistema inestable. La capacidad simbólica de la cultura es, con frecuencia, algo que suele quedar al margen de los análisis a la hora de establecer marcos de programación y ejecución de sus políticas. Es como si se actuara de modo automático atendiendo exclusivamente a las señales del entorno inmediato: las tendencias, los resultados cuantitativos predecibles, las oportunidades de negocio político... en cierto modo modelos más bien cerrados y deterministas, una especie de estructuralismo inconsciente que no casa mucho con la transdiversidad esencial de la cultura

Sin embargo, esa capacidad simbólica hace que cualquiera de los productos culturales sea portador de significado y por lo tanto tenga una influencia, de un signo u otro, en la evolución de las sociedades. Esta simple percepción nos permitiría fundamentar los procesos programáticos sobre cuestiones que van más allá de las circunstanciales y comprender que unas acciones culturales son generadores y otras portadoras. Unas más orientadas hacia la expresión y otras hacia el contenido. Unas expansivas y otras acumulativas.

Evidentemente la fantasía de trabajar sobre «sistemas equilibrados» no coincide con un modelo de sociedad heterogéneo y ultradinámico. La cultura permanece bien lejos también de un supuesto equilibrio: predomina su carácter inestable con lo que no existen evoluciones lineales sobre las que se pueda ejercer control ni previsión, más bien al contrario. Así el mecanicismo, producto de un pensamiento cartesiano (considerando un escenario benévolo para quien define las políticas culturales) y la instrumentalización que de él deriva no garantizan de ningún modo la solidez de los modelos actuales de política cultural.

Esta característica dinámica no lineal, entre otras, hace que la cultura deba ser tomada más como catalizador que como motor (argumento este último utilizado desde las posiciones economicistas) y con ello la interpretación de la complejidad y el entrelazamiento como una oportuna práctica para la operatividad de sus políticas.

En cualquier caso la cultura de ningún modo puede concebirse únicamente en su forma abstracta y simbólica sino que deben armonizarse sus aspectos especulativos con los empíricos. De ahí la necesidad de organizar laboratorios que analicen esa concordancia para alcanzar representaciones materiales de producción y codificación. Se trata de repensar la cultura desde las grandes líneas de organización social, económica y política de las sociedades y asegurar que la comunidad tiene acceso a ellas como instrumento de intervención sobre la realidad. Se supera así la clásica jerarquización que hasta ahora concede a las iglesias, los estados y los medios de comunicación el ordenamiento de la vida cultural de las sociedades. Una verdadera heterogeneización de las sensibilidades. Una razón más para comprender la cultura como ese sistema inestable del que hablaba al principio y tomarla como un proceso no finalizado de transformación continua. Un proceso perturbador de las costumbres.

5. La política consiste hoy en crear ficciones y comprometer en ellas al máximo número posible de incautos. Actúa bajo guiones premeditados y alcanza oídos poco entrenados para la crítica y la reflexión, las cadenas físicas se sustituyen por mitos creados para organizar una sociedad que sustituye el compromiso por las prácticas performativas. Las nueva élites ya no solo esperan acumular riquezas sino acaparar los campos simbólicos.

Las políticas culturales también son una narración engañosa y la cultura deliberativa se ha sustituido por una cultura cautiva en la que poco tiene que ver la comunidad. Ni siquiera la comunidad creativa. La desmovilización ciudadana necesitará de tiempo y esfuerzo para ser neutralizada hasta que alcancemos una cultura contranarrativa que se oponga a formatear ciudadanos.

6. De la cultura de mercado a la cultura social: liberar la cultura de las decisiones egóticas de la política (aunque me niego a desvirtuar el término política y reducirlo a las circunstancias limitadas del corporativismo de los partidos). Una miopía subjetiva que abunda en el confinamiento de ésta a una reducida interpretación de la misma.

La autoridad de la cultura local no puede ni debe provenir sino del reflejo de las decisiones del procomún y éstas no pueden delegarse del mismo modo que se delega la gestión del agua o los vertidos. Porque la base de una nueva cultura social no puede construirse desde las mismas lógicas de producción ni de distribución a las que se nos ha acostumbrado. Por supuesto ni desde la tragedia de las decisiones políticas que nos han conducido hasta donde nos encontramos: el espacio agónico de la cultura.

En este momento menos recursos no pueden implicar directamente menos capacidad si la lógica de la energía (ciudadana y social) se revierte. Y precisamente por esto no podemos caer en un hiperactivismo oficial que oculta de modo artificial una auténtica ignorancia sobre las nuevas necesidades y los nuevos procesos. La inercia programática, heredera de las épocas de bonanza y de la falta de reflexión, no puede ocultar la urgencia de modelos deliberativos. Es necesario socializar la cultura desde el conocimiento y la producción comunitaria. Nuevas instituciones que permitan internalizar la inteligencia local y que terminen con la feudalización de la cultura ciudadana.

Desinstitucionalizar la cultura supone abrirla a la sociedad mediante procesos colaborativos, bajo la lógica de la demanda más allá de la oferta, bajo la lógica del diseño abierto, bajo la lógica de la estructura rizomática. Conocimiento, código y diseño.

Quizá la responsabilidad de las instituciones recaiga más en la co-gestión del conocimiento, del intelecto y minimizar los procesos de «fabricación» a los que estábamos acostumbrados. Crear valor para la cultura de un modo distinto, abierto, colaborativo, bien alejado de la realidad subjetiva de las administraciones. La cultura solo puede generar capacidad colectiva si es social.

7. La emergencia de resultados (qué resultados) pone cada vez más en clara evidencia ciertos modelos de gestión política de la cultura local. Incluso ahora, con una extraordinaria oportunidad para reorientar los planteamientos desde la reflexión y el análisis se pervierte la cultura local desde la urgencia de la visibilidad. «La teoría y los congresos no tienen presencia mediática», escuché recientemente poniendo énfasis en que lo que de verdad cotiza son aquellas acciones que tienen eco en prensa. La fobia al pensamiento y una ignorancia creciente nos están enterrando en un fondo cada vez más profundo desde las paranoias del «no perder el tiempo» para «hacer cosas concretas». Las políticas de cultura local vienen infectadas irremediabilmente por la norma de la urgencia y de la rentabilidad. Imagen de consumo.

Sin embargo no podemos olvidar que el compromiso de reflexión, más si cabe en este campo de la cultura, es ineludible. Puede con ello que desde los ámbitos técnicos tengamos que hacer valer ese compromiso y, si es necesario, hacerlo desde la desobediencia. Debemos terminar de una vez con la sumisión absoluta a aquellos dirigentes políticos que ignoran la esencia de la cultura, que desconocen absolutamente la profundidad del concepto y que no

son capaces sino de manejar terminologías huecas en discursos vacíos, que su interpretación de este mundo no va más allá de la idea de unas áreas de cultura comprendidas como agencias de espectáculos.

La necesidad de consolidar unidades de pensamiento esta evidentemente bien lejos de sus intenciones. Y es así que nos vemos condenados a la inmediatez, al capricho, a la premura... consiguiendo que la cultura local se destruya desde modelos totalmente irreflexivos y anclados en unos patrones de mercado propio de las épocas de *bonanza*. Y lo malo es que en las condiciones actuales, en las condiciones en las que se ha dejado el tejido creativo de las ciudades, ni siquiera el modelo de agencia de espectáculos sirve.

Huir de la reflexión en función de la acción concreta, abandonar las necesidades de generación de conocimiento, rompe los moldes con los que debiera componerse la cultura local: trabajarla para construir una sociedad emocionalmente rica y acomodada en la sensibilidad y en la crítica. Cuidar la cultura para consolidar sociedades comprometidas no es asunto baladí porque, insisto, la cultura construye las sociedades y determina su modelo. Sin embargo ese significativo desprecio por el pensamiento nos conduce sin remedio a unos modelos de cultura de consumo poco o nada aptos para generar la sociedad que necesitamos.

Estoy convencido de que es urgente poner en evidencia estos comportamientos, alejarnos de un mal entendido respeto (nunca de doble vía, por cierto) que nos ha llevado a los técnicos a ocultar o disimular comportamientos absurdos y, en demasiadas ocasiones, incoherentes, desproporcionados o carentes de toda lógica. Porque no sé si se puede admitir que quien tiene responsabilidad pública sobre cualquier asunto lo desconozca de modo tan tajante. Bien claro queda ahora cuando la cultura es víctima del deterioro impuesto por las políticas de austeridad y comprobamos que la única facultad de gestión provenía de unas arcas bien llenas. Por ello quizá antes de repensar la cultura deberíamos repensar la función que la clase política cumple en la gestión de la misma.

8. La sociedad hiperracionalizada, la que toma la regulación como procedimiento primordial para el control formal e instrumental a través de la normativa, moldea los hábitos sociales a través de estructuras que sirven fundamentalmente para la propia supervivencia de las instituciones y de las oligarquías. Aparatos jurídicos, ideológicos, religiosos, financieros... sirven a la causa de los poderes para dotar de eficiencia a sus métodos de formalización. Los «expertos» configuran estrategias y desde esferas aisladas de la realidad apuntalan una difícil interpretación de la complejidad cotidiana.

La cultura se desarrolla en un cosmos social amplio que no soporta fácilmente estos procesos de tipificación y formalización que sostienen las instituciones y los mercados. Se provoca así un natural desencantamiento fruto de la desconexión de canales de comunicación, intereses y de expectativas.

Existe pues una vertiente inequívocamente ideológica a la hora de plantear una acción hacia la cultura. Una visión que hoy esta tomada por las corrientes político-económicas que inclinan la balanza hacia la regulación absoluta de las sociedades en función de un desarrollo financiero propio de las teorías del fundamentalismo capitalista, por una parte. Por otra la de aquellas que pretenden una trivialización absoluta del papel ciudadano en la construcción de las sociedades. Esta postura acaba con la posibilidad de una ciudadanía activa. Primero se desactiva al individuo y luego se interviene para salvarlo.

Estas regulaciones desestructuran la cultura, es evidente y provocan una auténtica disfunción entre su uso y su valor. Algo que deviene también de una dictadura de la linealidad como modelo de explotación y conduce a una visión simplista y reducida de los procesos.

Desengancharse de esta lógica puede ser un buen camino para reorientar y recuperar una cultura coherente con la humanidad y recuperarla de la ideología de lo limitado.

9. ¿Y si hablásemos de la cultura atonal? Una aproximación al concepto desde la crisis de la tonalidad en la música podría servirnos para establecer esas necesarias «metástasis» conceptuales entre diversas disciplinas.

Ferruccio Busoni nos definió la música atonal como aquella que surge debido al «agotamiento del sistema de claves mayores y menores». ¿Alta y baja cultura? Aunque en principio pareciera superada esta dicotomía, comentarios y análisis últimos nos devuelven un discurso que considerábamos terminado. No es nada nuevo ya que en momentos sociales como los que estamos atravesando las ideologías totalitarias recuperan posiciones y con ellas cualquiera de los sentidos clasistas que manejan se ven reforzados.

Sin embargo y a la par observamos que ese sistema «tonal» de la cultura cada vez es más incapaz de articular una sociedad diversa y heterogénea. Esta situación se incrementa cuando se ponen en situación modelos emergentes de comunicación y relación. Modelos que también buscan una interacción inusual e incompatible con estructuras conglomerado.

La distinción entre las diferentes realidades de interpretar y vivir la cultura difumina por completo y se rompen los vínculos que hasta bien reciente marcaban los lazos de unos modelos con otros. Un modelo que no se adapta a las jerarquías habituales.

¿Se interpreta la cultura desde los «registros» tonales? ¿Se compone la cultura desde esa ortodoxia? Si y no porque basta con asomarnos a la realidad no oficial para descubrir modelos de pensamiento, criterios de interpretación, colectivos activos... que incluyen inflexiones armónicas poco probables, ambiguas, inusuales para el estilo acostumbrado. Entonces ¿dónde quedan? El sistema tonal los desdibuja. Y no solo eso. Los desconoce cuando no menosprecia. Ni los programadores ni los públicos se acostumbran a melodías discordantes.

10. Refundación de la cultura deliberativa. En bien pocos años, al parecer, la cultura ha sufrido una crisis profunda en cuanto a su apreciación y enfoque por parte de las estructuras administrativas que venían gestionándola. La brecha entre creadores, ciudadanos y administración pública se ha venido ampliando y ha provocado una disfunción clara no solo en cuanto a los procesos de creación y distribución sino también en cuanto a aquellos que suponen participación ciudadana. Así, la preocupación de creadores y públicos se ha ido centrando en modelos que la liberasen de la tutela ejercida por los poderes públicos y las industrias y se ha ido orientando hacia modelos que permitan una labor deliberativa y la canalicen y la sintonicen con las realidades socioculturales emergentes. En definitiva, abrir el diálogo político y social y organizar espacios que posibiliten el intercambio y la participación de ciudadanos, colectivos, movimiento sociales, creadores... junto con las fuerzas políticas e institucionales y los mercados.

Las estructuras de proximidad son estupendos resortes para consolidar estos procesos y contrarrestar un cierto dirigismo en el que está atrapada actualmente la gestión de la cultura. Alcanzar una verdadera gestión pública más allá de los patrones usuario/cliente.

Entendida la participación como un valor que fortalece la diversidad y canaliza las necesidades se superan las desigualdades en el acceso a la cultura. El planteamiento de nuevos espacios deliberativos es algo que puede contribuir a una transformación radical de la gestión de la cultura local.

Se trata de algo más que un simple movimiento interactivo que puede influir en todos los niveles del mundo de la cultura. Una especie de «federalismo» de la cultura que se gestiona desde abajo y que reformula las relaciones acostumbradas, que fortalece los intercambios y que dota a los ciudadanos de poder sobre otros modelos más dirigistas. Como primer eslabón, esta gestión deliberativa de proximidad bien puede extenderse en una transformación sostenible hacia ámbitos estatales y de cooperación internacional. Llegar a generar una especie de «estatuto cultural de las ciudades» como elemento de innovación en la generación de imaginarios participados. Como he dicho en alguna ocasión: superar las estrategias para alcanzar los mapas comunitarios.

En todo caso, advertir para contrarrestar, esta participación no puede ni debe quedarse en un simple proceso de consulta; ya hemos sido testigos de muchas actitudes de este porte. Bien es cierto que las nuevas realidades socio-económicas y políticas nos están hundiendo en agresiones neoliberales pero bien es cierto también que estos contextos pueden ser útiles para reflexionar y recuperar la capacidad de una coherente acción ciudadana.

La realidad de una sociedad fragmentada y deliberadamente individualizada no puede ser obstáculo para recuperar una cierta insurrección ciudadana que actúe sobre el territorio más allá de la supervivencia y pueda representar la transformación de una sociedad más allá del utilitarismo. Compartir nuevos espacios colectivos, compartir nuevas culturas abiertas. Crear espacios de disenso que estimulen la duda creativa.

11. La organización de una cultura local sustentada de modo cuasi exclusivo por las administraciones públicas ha devenido en un asunto más que cuestionable por varias razones. Desde la imposibilidad de dar salida y cabida a toda la fuerza creativa generada desde la sociedad, hasta la parálisis creada por los modelos financieros utilizados, pasando por la imposibilidad de gestión operativa de todos los edificios creados y por la tremenda entropía que lleva a gastar todas las energías (económicas) para mantener la maquinaria (todo ello cuestiones más o menos estructurales) y sin entrar en el anquilosamiento de la inteligencia institucional (derivado de la ineficaz manera de acceso y permanencia en los puestos directivos, la verticalidad organizativa, la ausencia de riesgo...), podríamos decir que la cultura pública local se encuentra profundamente desubicada en un contexto externo transformador y necesitado de nuevos modelos de relación entre una ciudadanía emergente, creativa o no, y una administración atascada responsable de coordinar, de algún modo, la cultura pública de las ciudades.

Para empezar, la cultura ha coqueteado con el mercado y con las teorías neoliberales de gestión del todo hasta quedar ahogada en un pantano que no era el suyo, en un proceso de intercambio de mercancías que la ha hecho sucumbir como al resto de los derechos sociales adquiridos con verdadero esfuerzo. Ha sido demolida por la arrogancia de unos representante públicos (políticos y técnicos, ha habido de todo) inclinados hacia patrones de desarrollo arbitrario e insostenible, anclados en modelos personalistas y, en algunos casos también, deslumbrados por destellos de una pompa efímera pero bien codiciada. Y, cómo no podía ser de otra manera, esta cultura ha sido fagocitada por la voracidad de un mercado entrenado para dilapidar todo lo vendible y transferible. La cultura local se ha convertido en un objetivo más del comercio y de la gloria personal. En este delicado contexto las instituciones públicas no pueden ser representativas ni intermediarias: conviven con una realidad externa que las excede en estructura e inteligencia.

Pero el cambio, a pesar de lo dicho, no se limita al ámbito institucional. El cambio también es necesario en el sector asociativo, creativo, en los colectivos ciudadanos... que deben revisar y reflexionar sobre sus modos y formas de relacionarse con lo público y abandonar actitudes, demasiado enraizadas, que han fomentado la inercia, la dependencia subvencionada y, en algunos casos, el dejacionismo de unas responsabilidades de construcción social que deberían ser compartidas. No es momento para abundar en ese frentismo tradicional que ha colocado a ambos sectores en lugares encarados. La madurez de la sociedad también reclama que sus estructuras asociativas modulen sus actitudes y migren hacia modelos de responsabilidad participada. Al tejido asociativo también ha llegado la paranoia de la privatización y, muchas veces sin reflexión, se ha abogado por el desmantelamiento de la cultura pública, se han aplaudido las consignas de privatización olvidando que no es sino un auténtico robo a lo común, a lo de todos. En todo caso si la violencia de los mercados ha atacado también a la cultura ha sido porque desde diversos frentes se ha admitido y en eso tanto la ciudadanía como la administración han sido conniventes. Redirigir ese diálogo y establecer nexos comunes es el único camino para controlar la especulación y el dirigismo.

Porque la salud social se mide más bien por la cultura. Y porque la tiranía de un crecimiento entendido únicamente desde inventarios dinerarios es la mejor manera de hundir la dignidad del ser humano. Y porque es desde la cultura desde donde de verdad se puede medir la energía intelectual de una sociedad...

Quizá sea necesaria una especie de revisión del municipalismo, de alcanzar una suerte de neomunicipalismo en el que la función social de la ciudad se extienda desde abajo en una participación directa de la población en los asuntos comunes. Y no puede haber otro modo que el de recuperar y revitalizar el tejido ciudadano, de alcanzar la expropiación de esa especie de nuevo feudalismo que propician y practican los partidos como método para mantener a una sociedad dócil y subordinada. La excusa de una participación que no es tal a poco que se conozcan los entresijos de estas enormes empresas (con sus férreos consejos de administración) en las que se han convertido. No se trata de que la institución interprete las «necesidades» de los ciudadanos y luego actúe como mejor le parezca, la cuestión es que se comparta la responsabilidad de la acción directa y que se nos libre de la tiranía de los «expertos» para abrazar el entendimiento de los «comunes». El destino cultural de las sociedades ya no puede estar en manos de una elite con carta blanca.

Se trata en todo caso de abandonar esa especie de lectura utilitarista de la cultura en la que las «estrategias de marketing» han sido alabadas como la quintaesencia de los procesos. Se trata de abordar procesos participativos abiertos, difusos, sin delimitación territorial, sin anclajes corporativos, fundamentados sobre las redes tecnológicas e informales, sustentados sobre la hiperlocalidad extrema, desde los espacios colectivos libres y conectivos, que aglutinen la diferencia, que traspasen la paranoia tecnocrática, que revaloricen el saber profano, que desbloqueen la burocracia y el costumbrismo administrativo, que investiguen modelos económicos más allá del financiarismo, que apuesten por la proximidad expandida...

Existe un desajuste entre la calle y la institución pública que no sólo implica a la gestión sino también y profundamente a la interpretación de la realidad, a los argumentos, a las capacidades...

12. ¿Podríamos hablar de una cultura directa? En el sentido que ha tomado en los últimos tiempos el término democracia directa. Una cultura creativa, representativa y participativa que aspire a ocupar el espacio que le corresponde y que se manifieste en el necesario tono emancipatorio, que trascienda de las maquinarias burocráticas del Estado y de las normativas del mercado. Una cultura madura con capacidad, talento y coraje para conjugarse en una especie de movimiento cultural sistémico y asambleario. Canalizada desde espacios de autonomía que interactúen (ni se subyuguen ni invadan) con los estamentos públicos en una confluencia de crecimiento compartido (lo público es esencial y la cultura pública hay que dignificarla sin anularla, como la educación y la sanidad). Recuperar la calle para «intranquilizar a los mercados» y ofrecer una perspectiva de movimiento ciudadano que termine de una vez con la idolatría al capital y al partido. Porque no cabe ceñirse a uno u otro sin cuestionar a fondo una comunión entre poderes.

Enfrentarnos a lo que ha sido una especie de «culturalismo» que ha hecho de esta un objeto fetiche para disculpar y fomentar la mercantilización de imaginarios y conciencias. Que la ha utilizado para impulsar aberraciones urbanísticas y la ha puesto por delante para alentar y estimular puestos de trabajo precarios y alienantes (cuánto se llena la boca con la influencia de la cultura para crear trabajo y qué poco se analizan las realidades de esos puestos). La mercancía sigue estando en el centro de las mentalidades y mercancía somos todos y todo lo que se pueda vender y comprar.

Cultura política, cultura de mercado y cultura social no marchan por caminos confluyentes y la tercera pierde siempre porque debe acatar normas externas que en muchas ocasiones van en su contra, en su detrimento. Muy fácil: si el bienestar no es consecuencia de consumo, aunque se empeñen los profetas del desarrollo, no hay tampoco ciudadanía culta por mucho que se consuman productos más o menos culturales. En todo caso hay ciudadanía consumista. Es más, según qué productos se consuman puede producirse una auténtica intoxicación que debilita y destruye los órganos digestivos, en ese caso el cerebro. La intoxicación cultural es seguramente uno de los grandes males que malogran los espacios simbólicos e intelectuales de no pocos ciudadanos.

Armonizar la cultura con la calle.

13. Cultura local, ¿gestión del procomún? El agotamiento de la gestión cultural desde las Instituciones Públicas (más allá del acontecimiento) pone de manifiesto la necesidad de construir nuevos espacios de reflexión y conocimiento en los que los saberes opten por la cooperación y la coproducción abiertas. Potenciar y liberar la creación así como dotar de instrumentos para la construcción y consolidación de una cultura del procomún y desde el procomún. Retomar la práctica colectiva y los procesos de confianza mutua para la construcción y reconstrucción de las experiencias de comunidad.

Esta gestión del procomún, en contra de los procesos de privatización de las oligarquías, propicia con rotundidad la conservación, mejora y potenciación de un sistema cultural sustentado sobre las labores colectivas y más allá del pensamiento único y oficial. El acotamiento burocrático de la administración y la puesta de la cultura en manos de sus «expertos» ha contribuido a un dirigismo que no ha conllevado mejoras ni desarrollo de los bienes y riquezas culturales creadas por una ciudadanía libre. Se ha propiciado continuamente un dejacionismo ciudadano en pos del manejo de nuestras «necesidades» por organismos no conniventes y en muchas ocasiones prepotentes y traficantes de una cultura que no es sino la manifestación de un avatar político que intenta edulcorar las verdaderas intenciones de monopolio del pensamiento. Es evidente que en muchas ocasiones buena parte de los gestores han sido gestores de la cultura oficial y, aun sin pretenderlo desde la buena voluntad, han colaborado convencidos de que se estaban estructurando políticas de cultura bien comprometidas. La verdad es que se ha entrado de lleno, en demasiados casos, en el paradigma mercantil y se han reproducido los discursos de forma, quiero creer, confiada.

La gestión del procomún es, como comienzo, un modo de garantizar la implicación plena de los comunes en el devenir de una sociedad con fundamentos colectivos. Lo contrario es la cultura desposeída y dependiente, una cultura que no establece sino acciones en pos de un efecto profiláctico que pierde todo su significado y permanece subsumida a los criterios del capital y de la clase dominante. La ideología de la eficiencia (política y económica) manda y se subvierten los principios del procomún bajo los criterios de gestores y creadores «expertos». En última instancia se la ve como una carga para el capital. Se ha colonizado la cultura como se ha hecho con la vida privada.

Nada más oportuno para desterrar la gestión por *stock* (la venta de productos culturales desde el sistema de aparadores) que únicamente visibiliza aquello que tiene salida dejando en el fondo creaciones y manifestaciones poco «dignas». Sencillamente porque la cultura no es cuestión de escala. Ni en su sentido estricto, puede tener dueño. Precisamente en eso consiste el procomún, no es que sea de todos, es que no es de nadie. Nada más claro para asegurar que las instituciones públicas deben subordinarse al ecosistema cultural que entre todos se crea.

14. ¿Podríamos hablar de un necesario «posteventismo»? Todas las AAPP han demostrado, en mayor o menor medida una gran capacidad de producción y de promoción de espectáculos diferentes entre si casi de forma exclusiva según su capacidad de gasto o de endeudamiento. La obsolescencia de un modelo de gestión pública de la cultura fundamentado sobre la distribución de acontecimientos nos conduce a una encrucijada cada vez más embarazosa y aparente ¿se puede mantener un modelo derivado únicamente de las «necesidades» de consumo? ¿Se puede articular con las realidades de unos modelos económicos cuestionables y cuestionados además de cada vez más tendentes a aumentar las desigualdades? Los productos culturales se han colocado en la misma línea de consumo que cualquier otro y se ha trabajado a fondo para introducirlos en el mercado interno y externo. Se puede decir que existen verdaderos especialistas en mercadotecnia de la cultura, profesionales que proliferan a medida que el discurso pone a la cultura como máximo exponente del desarrollo económico de los pueblos y se habilitan másteres y postgrados para reforzar la sentencia. Hemos alcanzado una paradójica saturación del mercado. Por una parte ya no produce satisfacción su consumo dada la simple inercia consumista y, por otra, por evidentes causas de posibilidad real, no damos cobertura a una demanda cada vez más amplia y exigente. Sencillamente, las necesidades de la calle ya no concuerdan al cien por cien con las fórmulas de distribución tradicionales. Y no podemos dar cobertura porque no nos estamos esforzando suficientemente en procesos de investigación ni avanzando en revisar modelos. Y entramos en el círculo vicioso de no poder avanzar porque «necesitamos» mantener (algo así como el modelo de gestión cultural zombi al que me referiré más abajo.) Los gobiernos locales ya no pueden ser esos intermediarios que compran y venden cultura según el antojo tecno-político de turno. La estructura burocrática y jerárquica sofoca y contamina procesos que deberían funcionar a modo *Lego* que permitiesen construir nuevas plataformas. No digo que sea fácil. Es necesario que haya una transformación doble, también lo he señalado en

ocasiones anteriores, en la que el ciudadano se desprenda de las reticencias que mantiene hacia la administración y pueda concebir que sin una colaboración va a ser cada vez más imposible el progreso. Es necesario sentarse alrededor de mesas multinivel y multicriterio que superen las estructuras estancas (tanto en el ámbito interno como en el externo), que se complementen sin anularse. Lo público no está dentro de las instituciones, está evidentemente fuera. Pero sin las instituciones lo público deja de tener ese sentido que aglutina el procomún.

Este *posteventismo*, o como quieran llamarle, es como una especie de «banda ancha» de la cultura por la que pueden correr a gran velocidad creaciones, contenidos, experiencias, investigación... porque se han abandonado esos módem analógicos de los *grandes eventos*. Y por supuesto no hablo exclusivamente de espacios digitales aunque el símil use su terminología. Hablo de combinar las realidades tecnológicas con los espacios físicos, con el contacto, una apuesta por el modo multisistema, por la multiplexación. Pero para ello son cada vez más necesarios laboratorios locales de investigación cultural que permitan retirarse de las normas conocidas de relación ciudadanía-administración (y cuando hablo de ciudadanía en el ámbito de la cultura lo hago con todo conocimiento de causa y no me reduzco al ámbito de los creadores precisamente porque si la sociedad completa es el destinatario-productor de la cultura mal hacemos en centrarnos en el mundo de la creación como únicos interlocutores válidos). Evidentemente ello requiere de una conciencia clara y de una amplia modificación de las mentalidades. La desinstitucionalización de la cultura que en otros momentos propongo no va por el abandono de las responsabilidades públicas sobre ella (qué más quisieran los ultraprivatizadores) sino de abandonar esa condición de concesionarios, en el sentido de mercado, que las AAPP han venido teniendo sobre todo en las dos últimas décadas.

15. Siguiendo de algún modo la línea argumental de Jorge Fernández Gonzalo(2) ¿se puede hablar de una cultura zombi? Esa que ha muerto pero se resiste a desaparecer. Y por supuesto que no hablo de la muerte de la cultura porque, en su sentido esencial, esa muerte es imposible sino que hablo de la muerte de ese modelo de interpretar la cultura que manejan las instituciones públicas (también las académicas) una cultura que «sigue en pie» mientras va perdiendo girones y su descomposición avanza en la misma medida que se empeña en no desaparecer. Un simulacro de vida que puede referenciar perfectamente la cultura aparentada. Es decir la que se reduce a unas funciones «vitales» básicas limitadas a un aparato locomotor deslavazado y titubeante (acciones y acontecimientos) y a una búsqueda enfermiza de inútil ingesta alimenticia (subvenciones y edificaciones) por carecer de órganos digestivos operativos. Curiosamente esta metáfora coincide con la realidad actual y la ficción sigue construyendo ficción de modo imperativo y ausente, alejado de la realidad y contando con unas referencias que ya no son útiles. Curiosamente también, desde gran parte de la *intelligentsia* se sigue en este empeño zombi. Un ritualismo ingenuo que pretende la cultura como una retórica de lo ficticio porque ficticia es esa vida que el zombi se empeña en mantener. Se puede hablar de la cultura zombi y mucho más adecuadamente de la gestión zombi de la cultura.

La gestión zombi representa lo desagregado, como si su comportamiento no fuese sino la intención de satisfacer «su» apetito fuera de las convenciones sociales que aconsejan actuar en grupo para alcanzar mejores y más convenientes resultados. La gestión zombi se ejemplariza por esas instituciones que evolucionan al margen de la lógica de lo común, de la comunidad. En todo caso cualquier relación ya sea institucional o interinstitucional erosiona cualquier amago de cooperación en función de ampliar los estadios de poder y de configurar las voluntades al antojo de las jerarquías. «El zombi es una fuerza que trata de aumentar su poder (pero que no puede contenerlo), de captar flujos humanos vivos y de obligarles a ingresar en las hordas» nos dice Fernández Gonzalo y tal vez esa es la fuerza que hoy transmiten instituciones que fuerzan a un comportamiento «externo» sin importarles realmente la realidad que fuera se mantiene viva. Un zombi no interactúa sino que realiza lo necesario para satisfacer su instinto de «supervivencia».

La gestión zombi y la institución zombi forman un ejemplo de coparticipación sin empatía, simplemente empujadas por ese instinto compuesto que fuerza a una incomunicación con apariencia de intercambio. Y no busca la interacción empática sencillamente porque el poder no la necesita. El fracaso del pensamiento derrotado por la acción del instinto. En todo caso este comportamiento ficticio toma tales dosis de «realidad» que lo consideramos como tal y de un modo tan absoluto que un intento de recuperación es absurdo e inútil ya que esta horda zombi ha ocupado todos los espacios y, como es de su naturaleza, el ataque a los vivos es perceptivo. Lo real y lo ficticio se entremezclan de un modo peligroso y las políticas de mediación hacen que no se pueda distinguir de ningún modo lo que es vivo o no-muerto, incluso que se sospeche de inmediato ante algo que se presenta como vivo y que advierta de la amenaza zombi. La política del miedo está perfectamente integrada.

La gestión del acontecimiento se impone en este mundo de cultura zombi ya que este acontecimiento es una metáfora del consumo de carne a la que los no-muertos se ven constantemente abocados. El consumo de carne, el consumo de acontecimientos. Un no-muerto no puede controlar el impulso de perseguir para comer nuevas víctimas. La gestión zombi no puede controlar el impulso de emprender nuevos acontecimientos sin una reflexión sobre sus efectos o necesidades. No puede parar y reflexionar, necesita producir en una especie de desarreglo pulsional que fundamenta una «gestión por obsesiones».

16. El reencuentro del pensamiento crítico con las prácticas culturales y la necesidad de una nueva cultura de la cultura hacen que desde las Administraciones Públicas debamos enfrentarnos de modo definitivo al reto de armonizar e integrar en nuestras estructuras modelos que planteen las políticas culturales desde las lógicas de la experimentación, la hibridación, la emergencia, la fractalidad... es decir, desde modelos de acción que entienden la cultura como generador de imaginarios y configuración de sociedades, que completen y superen las actuales referencias de demanda mercantil (el fin de la cultura distribuida). Esto por una parte, por otra es necesario superar esa tendencia a la administración pasiva y acumulativa de patrimonios y de distribución tutelada de la denominada «cultura popular». En términos

que J. L. Brea (3) proponía: migrar de una cultura como estructura ROM (de almacén, de disco duro, estática) a una cultura de estructura RAM (de proceso, activa, de interrelación, producción y análisis. Es decir, una nueva forma de entender la cultura pública que sale de los despachos, que se armoniza con una ciudadanía creativa y se organiza en redes sociales (digitales o presenciales), que valora y valoriza el tejido cultural completo (no únicamente aquel que proviene de las elites más o menos reconocidas), que cataliza las necesidades de acción comunitaria... en definitiva que promueve proyectos y situaciones inesperadas sin una planificación apriorística y alejadas de la jerarquización administrativa. Una forma organizativa que podría denominarse C2C, en clara alusión a los proyectos P2P en los que la distribución se hace por analogía y colaboración.

Sin embargo, así como la investigación y la innovación son términos comunes en los ámbitos de la ciencia y la empresa (el apartado teórico supone un pilar fundamental para su desarrollo empírico), la integración de estos conceptos en el ámbito de la cultura es todavía un asunto más que pendiente. Y más si cabe teniendo en cuenta que la cultura, desde muchos ángulos, se ha contemplado y tratado como un complemento para el ocio fundamentado sobre los festejos varios o, más recientemente, como un discurso integrado en la retórica del desarrollo económico. Es el reto: alcanzar un proyecto simbiótico que engarce convenientemente a la administración con la ciudadanía desde los nuevos paradigmas creativos y, sobre todo, relacionales.

Vayamos con otra necesidad: pararse y meditar. Valorar el potencial que puede tener en la innovación y en la producción el efecto de pensar tranquila y relajadamente. Sin embargo más bien se valora el «no he parado ni un solo minuto». El estrés como valor. La reflexión, individual a compartida, la acción meditada como principio de movimiento. La cultura meditada en una analogía conceptual con las tesis de Gutiérrez-Rubí. (4) Porque la práctica y el movimiento están sublimados como el paradigma de desarrollo y el «absolutismo de la gestión se ha convertido en el indicador de referencia» y el pensamiento y la reflexión fuesen un demérito. Más bien diría yo que es la raíz de tantos desequilibrios. La cultura emocional. Quizá el reto de la cultura contemporánea sea la recuperación del pensamiento. Y no estoy hablando de un pensamiento académico ni academicista sino de una actitud de reflexión crítica asentada sobre la lógica de la razón como fundamento social. Quizá la cultura deba retornar a una condición de *maître à penser* más allá de los resultados de ese pensamiento. Parafraseando a J. M. Castellet, cuando habla de los editores, la cultura debe tener como justificación la de «clonar de contenidos la libertad». Superar la aceleración acrítica e irreflexiva que parece gobernar e implantar las acciones a corto plazo, los horizontes para el olvido, la superficialidad programada... pararse a pensar.

17. La defensa de la institución pública de cultura se hace hoy, si cabe, más necesaria que nunca. La influencia del discurso privatizador y las estructuras internas forzadas a permanecer en modelos fordistas y de concepción burocrática más que creativa, hacen que se difunda con eficacia la creencia de que las instituciones públicas ya no tienen demasiado sentido en

la gestión de la cultura ciudadana. La divergencia entre los procesos institucionales y los ciudadanos se acrecienta. El sentimiento de alejamiento también. Es necesario un replanteamiento que provenga, como ya he dicho en múltiples ocasiones, desde los dos interlocutores. Un replanteamiento que canalice las iniciativas y reconduzca a la institución y al ciudadano a completar los papeles que a cada uno se le requiere. Y un poco al margen aunque no tanto: cuando se habla de institución pública ¿se comprende que en ella coexiste el nivel técnico con el político? ¿Se es consciente de que también existe una disfunción, muchas veces insalvable, entre estos dos ámbitos? Es evidente que se necesita un decidido diálogo.

Nos toca encontrar nuevos caminos. Y uno de ellos, el más importante, es el de conjuntar inteligencias, articular conocimientos, incorporar pensamientos. Fractalizar las estructuras clásicas para componer y recomponer formas nuevas que se enfrenten a la complejidad, a la temporalidad, a la intermitencia, a la mezcla... puede sonar extraño pero desde las plataformas básicas de trabajo es desde donde podemos comenzar a liquidar viejos modelos. No olvidemos en todo caso la dificultad de ello cuando gran parte de estos equipos permanecen sometidos a procesos jerárquicos y burocráticos que, las más de las veces, arruinan la iniciativa y matan la voluntad. ¿Qué hacer cuando el final del crecimiento está en el limitado horizonte de quien manda? En todo caso sigo creyendo que las cosas se pueden y deben modificar desde dentro. Porque ni la calle ni la institución tienen la verdad. Ni la calle ni la institución, por si solas, pueden arrogarse la exclusividad de la certidumbre.

Nuevos modelos de gestión compleja, pues, son ineludibles. Gestión mixta más allá de los acostumbrados procesos de participación. Ni la administración tiene que «hacerse cargo» ni los ciudadanos tienen que «dejarse llevar». Renovar las conversaciones como primera medida. Y renovarlas superando los complejos mutuos, aparcando las rémoras. Integrando desde la metaestructura. Ni el poder ni la jerarquía tienen cabida porque la autoridad reside en la conjunción. Retomar responsabilidad compartida más allá de la mera instrumentalidad. En definitiva: volver a la gestión de lo común y lanzarla a la categoría de construcción política, hacerlo desde la posición de interacción comunitaria. Desde la acción cohesiva. Superar la dicotomía administrador-administrado que nos ha llevado a modelos de inmovilismo y enfrentamiento.

El conocimiento y la inteligencia colectiva deben ser los motores para la co-gestión de una cultura que es esencia más que propiedad. De ahí la necesidad de derivar hacia una actitud que pretenda la cultura como un bien común, de nadie, ni de individuos ni de estados que se otorguen la exclusividad. No puede ni debe hablarse ya de administración de la cultura sino de una co-gestión que garantice la creatividad abierta liberada de las orientaciones de privatización siquiera conceptual. Entre la desapropiación y las franquicias hay un espacio inmenso que no puede ser otro que el de la construcción de un cosmos abierto y conjuntivo.

Por finalizar este sinfín, quizá las políticas culturales tengan hoy el compromiso de generar condiciones para la creación, para la reflexión, para la crítica, para el desarrollo colectivo,

para la comunicación y el reconocimiento, para la contribución simbólica. Porque la cultura es un arma política. Dicho está e insisto. En este momento la sociedad de control se caracteriza por acciones difusas de poder y no pasa por instrucciones normativas sino comportamentales. La cultura, a lo que han reducido la cultura, consiste en un entramado de tácticas sociales que implica a los ciudadanos en las estrategias globales no de manera impositiva sino como colaborador activo. El paradigma disciplinario de la cultura. La cultura tiene la misión de encauzar el espíritu crítico de la ciudadanía, la misión de hacerle pensar, de apoyarle en el ejercicio de la reflexión, de hacerse consciente de su papel catalizador y de anular la tendencia a la uniformización. Es necesario retomar los «antiguos» principios de la sociocultura y fomentar ciudadanos que se enfrenten a cuestiones políticas, éticas y sociales desde la responsabilidad común. Nociones arcaicas de gestión cultural (arcaicas no por antiguas en el tiempo sino por su carácter taylorista) potencian una política cultural basada en la espectacularización, en el escapatismo, en la representación y en la exhibición, en la acumulación. Es más, no estamos en la sociedad del futuro sino en las instituciones del pasado. Por ello la innovación en cultura debe plasmarse en todos los ámbitos de la actividad humana. No solo en el arte y sus múltiples manifestaciones sino también en las actividades sociales, solidarias y políticas. Cambiar nuestro estado mental y las estrategias políticas para convertir a la cultura en un valor de compromiso. La eficacia de las políticas locales de cultura radica en su capacidad para estructurar los comportamientos sociales. Para articular nuevos modos de inconformismo, de incorporación de hábitos, de relaciones con el espacio público, de programas... no se trata tanto del fomento de los espectáculos de consumo (además muchas veces, como ya he dicho, no somos sino franquicias de otras industrias) sino de la articulación de la cultura ciudadana.

Bonus track... ¿qué hay de la afamada sostenibilidad?

La escenografía social en la que hoy representamos la vida cotidiana está dominada por un hipercapitalismo (Baudrillard, Lipovetsky) de autorrepresentación indefinida en la que el capital ha transcendido su inicial misión de producir nuevas mercancías: se ha especializado en la producción de imágenes y signos. Las sociedades hipercapitalistas producen un escenario de simulación que enmascara la carencia de una realidad *profunda*.

Y la cultura no escapa de este panorama en el que todo fluye bajo la lógica del valor-uso, del valor-consumo, del valor-signo como mucho. Porque hoy todo es producido (la cultura también), todo circula aunque sea carente de sentido (la cultura también), todo es inducido por una tecno-estructura mundial que tiende a difuminar los contornos para reducir el objeto a una mancha desenfocada (la cultura también), a un objeto de deseo con valor de mercancía (todo es deseado y abandonado en un lapso infinitesimal de tiempo) a un simulacro que enmascara la realidad, la necesidad elemental. O lo que es peor, logra un efecto de invisibilidad por saturación: todo es cultura. Un efecto hipertélico en el que el exceso de desarrollo logra anular la función. Cuando todo es cultura nada es cultura.

La apariencia consigue su objetivo: todo es «como si». Mientras tanto el flujo y reflujo de los simulacros componen un efecto de realidad hasta que nos preguntamos si existe la sostenibilidad cultural en el ámbito macro, en el contexto transpolítico. Por una razón muy simple: desligada la cultura de su función social, política, comunitaria, subversiva... ya no es más que una apariencia, una mercancía hipercapitalista en la que, simplemente, el concepto sostenibilidad es nada, nada de nada, a lo sumo un trampantojo: la expresión de los valores de la mercancía. Porque cuando se crea una esfera artificial $\frac{3}{4}$ transeconómica $\frac{3}{4}$ de la cultura es cuando los escenarios capitalistas deben también crear procedimientos de simulación con aires de sostenibilidad. Sólo si creamos anomalías deberemos crear antidotos.

Entonces ¿de qué hablamos cuando decimos sostenibilidad? Puede que este término no sea sino una simulación más (simular y disimular son dos de las grandes estrategias de la confusión), un intento de enmascaramiento. Una seducción fría que pone en suspenso, en suspenso profiláctico, la regla (el orden simbólico) y la ley (el orden de lo real), un suspenso en el que se pueden confundir las acciones más insolentes.

El concepto de sostenibilidad se hunde desde esta perspectiva y podemos afirmar con rotundidad que nada puede ser sostenible desde los principios y valores del capital. Nada, y la cultura no puede librarse de esta realidad ya que asistimos a un modelo de desarrollo muy definido: producción de mercancías como cultura y producción de cultura como mercancía. La imposibilidad de lo sostenible está servida.

En este escenario la relación entre cultura y desarrollo está llena de complejidades. Aunque bien es cierto que se han dado grandes pasos, gran parte de los poderes actuales sigue estando dominada por las consideraciones de desarrollo desde las ópticas económicas y economicistas más radicales. En realidad la situación global que nos invade (me cuesta enormemente llamarla crisis ya que esta nos lleva únicamente a términos exclusivamente financieros) proviene de una auténtica desestructuración de valores, de la preponderancia exclusiva de un capitalismo radical que prima, aunque de forma bien solapada y disimulada (este es el peligro) la explotación en cualquiera de sus sentidos. Esta desestructuración unida a unos procesos de aniquilación de la conciencia crítica en los ciudadanos (la trampa del bienestar, la felicidad secuestrada) ha conseguido anular el carácter estructurado de la cultura hasta convertirla en una mercancía más del sistema global. Aún más, la aculturación de los pueblos ha conseguido una desestabilización muy práctica para el poder: un auténtico aislamiento de los caracteres culturales básicos, una ruptura de los símbolos como estrategia de estructuración social hasta convertirlos en unidades mínimas de consumo alegórico y fundamentadas sobre cuatro consignas sencillas y fáciles de digerir. ¿Es posible una sostenibilidad desde estos parámetros uniformizadores?

Sin embargo no dejamos de oír afirmaciones que sostienen que la cultura gana cada vez más relevancia en los procesos de formulación de políticas públicas, que es tomada como un componente transversal. ¿Es cierto? El problema realmente grave es que las políticas cul-

turales todavía no han logrado consolidarse realmente como políticas públicas con peso propio, de hecho en el mejor de los casos son usadas como maquillaje para el desarrollo de otros intereses mercantiles.

En este escenario debemos preguntarnos cómo fortalecemos la cultura desde las políticas públicas. Se echa de menos la investigación, la estrategia, la visión prospectiva, la racionalización filosófica. Esto y que parece que vamos olvidando los ejes teóricos que fundamentan la visión actual de la cultura:

- El enfoque fenomenológico-hermenéutico que orienta su alcance hacia el significado y la interpretación (Berger).
- La antropología cultural que lo hace hacia la simbolización (Douglas).
- El neoestructuralismo que la hace girar en torno a los discursos (Derrida).
- El neomarxismo que busca procesos de comunicación e ideológicos (Habermas).

Digamos que estamos en un momento de hiperactivismo histórico y que todavía limitamos la investigación y aplicación de teorías de la cultura. Asistimos a un paradigma funcionalista olvidándonos de una cultura, en términos de García Canclini, como elemento de producción, circulación y consumo de significados.

Desde esta perspectiva podemos decir sin duda que el organismo (cultura) cede trascendencia a los órganos (acciones) y cada uno de ellos es una prolongación diferenciada del cuerpo que actúa en realidad como una prótesis. La cultura ya no es una totalidad. Se ha anulado cualquier tipo de diálogo entre las partes, se ha establecido una parcelación protésica de intereses y objetivos en la que cada miembro se abstrae del todo.

Por ello la sostenibilidad de la cultura nunca será posible si ésta es considerada como un producto de regeneración financiera de las ciudades, como un artículo de especulación de las industrias culturales, como un entramado de poder de las civilizaciones dominantes, como un elemento de domesticación y uniformización de valores, como un objeto para el letargo, como una inversión de rentabilidad y lucro.

Por eso mismo quiero afirmar (quiero creer a pesar de lo que veo) que la única base sobre la que puede apoyarse una sostenibilidad real para las políticas públicas de cultura es el conocimiento, un conocimiento que tiene que permear entre todas las capas de la organización, entre todas las capas de la sociedad para destilar su néctar al ciudadano. Si la misión de la cultura es curarnos de la ceguera que nos invade la maniobra es clara: relacionar conocimiento y razón, una relación que debe ser el fundamento y referencia para la construcción continua de la realidad, para la construcción continua de cultura.

Las políticas públicas de cultura tienen la misión de encauzar el espíritu crítico de la ciudadanía, de apoyarle en el ejercicio de la reflexión. Deben ser conscientes de su papel catali-

zador y minimizar en lo posible su tendencia a servir de amplificador de tendencias uniformizadoras y domesticadoras. Es necesario retomar los «antiguos» principios de la sociocultura y fomentar ciudadanos que se enfrenten a cuestiones políticas, éticas y sociales desde la responsabilidad común. Por ello la estrategia para la sostenibilidad de la cultura debe descansar sobre la idea de creación de una sólida estructura de conocimiento que trabaje a favor de la generación de saber.

Fecha de recepción: 24 de octubre de 2012

NOTAS

(1) <http://ebookbrowse.com/gdoc.php?id=195710923&url=c31f1254b547005a2617e8d5ee7c88cc>

(2) http://www.anagrama-ed.es/titulo/A_426

(3) http://jose-luis-brea.net/ediciones_cc/c_ram.pdf

(4) <http://www.gutierrez-rubi.es/filopolitica-filosofia-para-la-politica/#descarga>